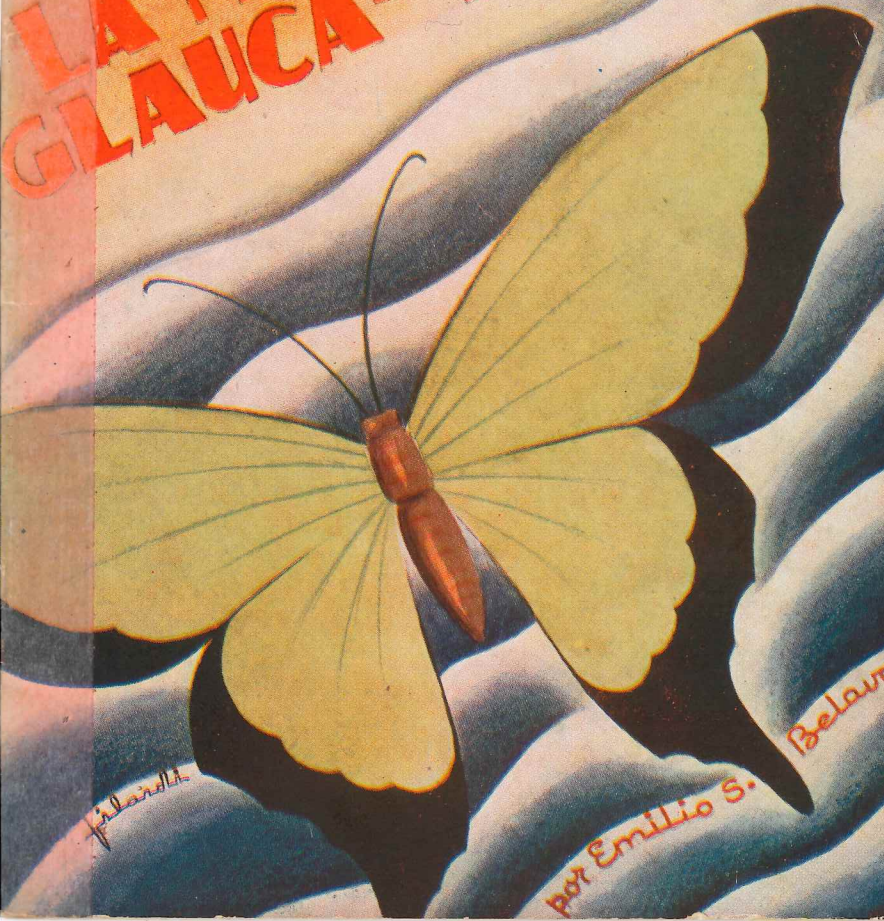


Legendas para Niños

LA MARIPOSA GLAUCA DE BORINQUÉN



Belaval

Belaval
por Emilio S.

La Mariposa Glauca de Boriquén

POR

EMILIO S. BELAVAL

Cuento escrito especialmente para servir de motivo al grupo de los
Reyes Infantiles del Carnaval Ponce de León de 1939 y editado
por el Comité Ejecutivo del Carnaval, en cumplimiento
del acuerdo tomado a propuesta del Comité de
Fiestas Infantiles que se incluye en
este folleto.



DR. RAFAEL LOPEZ SICARDO

a cuya memoria los Comités de Fiestas Infantiles y Ejecutivo del Carnaval Ponce de León, tomaron el acuerdo que se inserta a continuación.

CARNAVAL PONCE DE LEÓN 1939

Resolución del Comité Ejecutivo

POR CUANTO, el Comité de Fiestas Infantiles del Carnaval Ponce de León de 1939, acordó que el reinado de los Reyes Infantiles se organizara por diversos grupos de niños caracterizando cada uno distintos cuentos infantiles;

POR CUANTO, el Comité de Fiestas Infantiles presidido por la señora Conchita del Pino acordó que el cuento titulado "La Mariposa Glauca de Boriquén" que ha sido expresamente escrito por el Lcdo. Emilio S. Belaval para ser interpretado por el grupo en que figuran los Reyes Infantiles en el día de su coronación, sea editado con el consentimiento del autor, en un folleto lo mejor presentado posible con cubierta en colores, para que sea vendido en beneficio del Hospital de Niños, "Fernando Nuñez Salaráin";

POR CUANTO, el Comité de Fiestas Infantiles acordó además que dicho folleto lleve el retrato de los Reyes Infantiles y el retrato del inolvidable Dr. Rafael López Sicardó, quien tantos entusiasmos sentía y quien tantas energías consumió no solamente en las actividades carnavalescas sino en el sostenimiento y cuidado del Hospital de Niños, en cuyo beneficio va a ser vendido el libro de referencia;

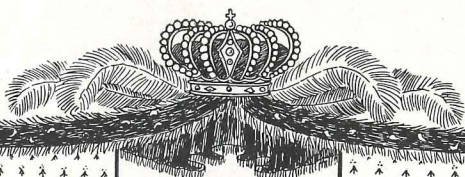
POR CUANTO, el Comité de Fiestas Infantiles recordando y echando de menos los entusiasmos, las brillantes ideas y la activa cooperación que el Dr. Rafael López Sicardó dió siempre a la intervención infantil en los reinados de nuestros Carnavales, consideró que el mejor homenaje que puede rendirse a su memoria, es este modesto tributo de los niños acomodados y saludables que han de gozar de las fiestas del Carnaval, en beneficio de los niños desvalidos y enfermos a quienes el hado no les proporciona otro amparo que el hospital;

POR CUANTO, sometido por el Comité de Fiestas Infantiles su proyecto al Comité Ejecutivo del Carnaval fué aprobado por éste:

POR LO TANTO, el Comité Ejecutivo, en cumplimiento de este acuerdo ha procedido a su publicación y oportunamente se designará por el Comité de Fiestas Infantiles en combinación con el Comité Ejecutivo, un Comité especial de damas y caballeros que se harán cargo de su venta en beneficio íntegro del hospital aludido. Esta resolución ha sido notificada al Administrador de la Capital y al Director de Beneficencia de la Capital para su conocimiento, y el importe del producto del beneficio que se obtenga de esta venta, será invertido por ese Comité especial, para cubrir siquiera en parte aquellas necesidades más apremiantes que dicho hospital tenga de acuerdo con su Director.

San Juan, Puerto Rico, 13 de enero de 1939.

Conrado Asenjo
Secretario Ejecutivo.



**CARNAVAL
PONCE
DE
LEON
1939**



S. M. RAFAEL
Rafael Fernández Ceide



S. M. LEAH
Leah Jene Blanco Bebeau

REYES INFANTILES

“La Mariposa Glauca de Boriquén”

**Cuento especialmente escrito para los Reyes Infantiles, por
EMILIO S. BELAVAL**

Un día apareció por las marismas sureñas de Boriquén una mariposa glauca, de tan grandes alas y un verde tan vívido, que los indios creyeron que se trataba de una garza marina, que se había teñido con los verdes misteriosos de un oceano desconocido. Por varios días aquella

mariposa verde le sirvió de moña a los caobos más espigados de la maleza puertorriqueña. Uno de los indios más viejos recordaba un pájaro raro, con el pecho rojo y alas aceitunadas, que visitaba la isla de cuando en cuando, extraviado por las tormentas, cuyo canto dulce había sido siempre un presagio de dolor para Boriquén.

Hubo una reunión de ancianos junto al conuco del cacique para conminar el augurio que a las playas vírgenes de nuestra isla, traía aquella mariposa verde, con alas de reverberante color, que venía sin viento de tormenta, como una mariposa salvaje, refugiada entre los caobos fuertes de Boriquén. ¿Qué tremendo presagio traería la esquiva mariposa para la vida dulce de un pueblo que había perdido todos sus combates, cuyos poblados de la costa nunca pudieron resistir el ataque de los feroces caribes circundantes?

Un geniecillo benéfico de Boriquén, la mariposa de la noche, la prudente Tanamá, veladora de todos los amores, salió en busca de la intrusa para suplicarle piedad para nuestros indios. La siguió una cohorte de vigilantes pequeños, los cucubanos de nuestra tierra, lindos centinelas de Boriquén, que guardaba la noche de todos los hechizos y de las alas malas. Volaron toda la noche en busca de la mariposa verde, hasta que la encontraron lavándose sus alas con agua de la madrugada, junto al caserío del Daguao. Tanamá se acercó a la mariposa extranjera, con voz de hermana:

—¿Qué buscas en nuestra tierra, oh gran mariposa verde, desconocida para nuestros viejos, aunque amada ya por nuestros caobos?

—Busco una ruta que se le ha perdido a mi pueblo, entre los mares oscuros de este punto de la tierra, a donde nunca habían llegado nuestros nautas.

—¿De qué pueblo eres?

—De una tierra donde las mariposas son blancas, el suelo dorado y en una época del año los árboles tienen barbas largas y níveas como los ancianos. Yo también era blanca, antes de partir para estas tierras. Pero el mar es implacable, y de tanto caminar sobre él, me he puesto verdosa como sus aguas. Por eso me lavo todas las madrugadas, con agua blanca de amanecer, para ver si recobro el color de las alas de mi tierra.

—¿Te hace sufrir mucho eso?

—Temo que mis hermanas, las mariposas blancas de la tierra rubia, me desconozcan cuando vuelva a mis lares.

—¿Tan crueles son tus hermanas con las que tienen distinta la color?

—Es que han padecido mucho, para preservar el color de sus alas. Allá dicen que la blancura viene del cielo y que las mariposas rojas, las amarillas, las negras como tú, son criaturas del infierno, que vienen a mortificar con sus brillantes colores a las mariposas blancas.

—Yo te pintaré las alas con el zumo de una

pequeña flor que nace en Guadanilla para que puedas volver a tu tierra.

Se fueron volando bajo la última sombra de la noche, buscando los sitios más oscuros, para que el sol no apagara las lámparas verdes de los cucubanos. La mariposa estaba encantada por la incursión en una zona húmeda, donde la tierra era negra, y había una gran cantidad de florecillas pintadas, y los insectos eran dorados y juguetones. En todo el camino no hallaron ni ciénagas de sulfurosas emanaciones, ni bestias salvajes, ni tarántulas de sutiles picores. Una sola araña negra, que tenía picada dolorosa, huyó hasta su cueva, al paso de las alas hermanas. Cuando llegaron hasta un bosquecillo de marunguey, la mariposa india llamó a los zumbadores para que extrajeran de las raíces pródigas el tinte blanco que necesitaba la mariposa extranjera. Hicieron con él, un almidón tan cristalino, que la mariposa verde se convirtió de nuevo en una linda mariposa blanca, tan blanca como los mismos almidones de un amanecer boricua.

—Yo te doy las gracias, bella mariposa india, que tan bien me has servido. Ahora puedo volver ante mis civilizadas hermanas sin que huyan de mí, ni me crean contaminada con tentaciones del infierno.

—Vuelve y dile a tu pueblo, que en mi tierra las mariposas tienen los más brillantes colores, pero son mariposas cándidas; que no tenemos árboles que en el invierno echen barba de anciano, pero tenemos caobos que mientras más

viejos, más relucen en el bosque; que las arañas son industriosas y los insectos inocentes; que nuestra gente vive desnuda porque no ha tenido en su vida un sólo pensamiento malo. Llévate este polvillo de marunguey por si acaso el mar te vuelve a teñir tus alas, con el color de sus aguas.

Se despidió la mariposa blanca, con grande alegría y cariño de la mariposa india y la benéfica Tanamá bajó al cerro de los ancianos y habló con el más viejo de ellos, que era uno de los que sabía el lenguaje de las mariposas;

—Manda a callar todos los bongós del cacazgo, que la mariposa verde ha vuelto donde sus hermanas las mariposas blancas, después de haber recobrado su color.

—¿De donde venía?

—De una tierra rubia, muy lejana, cuya gente busca ruta por estos mares, pero son una gente buena. Huyen del pecado y no gustan de nuestros brillantes colores. Tienen árboles que echan barba durante el invierno, pero también bestias feroces que luchan con el hombre, e insectos cuya picada es mortal.

—Y si algún día llegan a nuestras playas, ¿qué será de nosotros, Tanamá?

—Iremos a su encuentro, para que gocen de nuestra isla, le regalaremos casabe, hamacas, jugos de flores y vivirán en paz...

—Ojalá tú tengas razón y que tu augurio sea tan benéfico como ha sido hasta hoy tu empeño, oh generosa Tanamá, la más bella mariposa de todas las mariposas de nuestra tierra.

Un día, con una brisa del Atlante, llegó a Boriquén una bandada de mariposas blancas, guiadas por el fraterno anhelo de la extraviada mariposa verde de antaño. Salieron a su encuentro las mariposas aborígenes de nuestra tierra, capitaneadas por la generosa Tanamá, geniecillo tutelar de nuestros indios. Las mariposas blancas estaban maravilladas de los brillantes colores de sus hermanas de Boriquén. Cada una de sus alas era como un menudo tapiz donde la fantasía bordaba un lindo arabesco en rojo, en verde, en jade, en amaranto, en ocre. Había algunas que al posarse sobre las mayas parecían una flor más, entre los cogullos oriflamados; otras que apenas se percibían sus alas verdes y grises en los troncos de los aceitillos. Por su parte las mariposas aborígenes se extasiaban viendo el leve revuelo de las mariposas blancas, unas mariposas almidonadas, cuyas flébiles alas eran como una espuma de mar, que al romper la ola, habíase echado a volar.

Los indios viejos, que recordaban todas las calamidades de Boriquén, miraban las mariposas blancas con una dolorosa aprehensión. ¿Qué presagiaría aquel vuelo de alas pálidas para la tierra serena, que vivía su paz de soledad, en el pecho de un mar mestizo? Ya estaban cerca los hombres de la tierra distante, acostumbrados a luchar con las fieras, a vivir encerrados huyendo de las ventiscas heladas, a ver en cada insecto un enemigo del hombre. Pero Tanamá, la mariposa amiga, amante de la noche,

convenció al cacique máximo de Boriquén para recibir amorosamente a los nautas que buscaban otra ruta para su gente. La mariposa verde de antaño era como una nueva de paz, un geniecillo benéfico de la otra tierra, que traía un lazo blanco de paz.

Muy pronto hubieron de saber las mariposas que el corazón de los hombres era más perverso que el corazón de las mariposas. La mariposa aborígen tuvo que llorar sobre el pecho ahogado de un hombre blanco y la mariposa verde tuvo que llorar sobre el pecho arcabuceado de un indio bravío. De cuando en cuando interrumpía el delicado volar de las mariposas una flecha entintada o un reguero de pólvora y un día contemplaron con asombro las mariposas blancas, ya moteadas por el delicioso ostio de la tierra trigueña, que habían huído hacia los más escondidos caobos del Loaquillo sus hermanas, las mariposas policromadas de Boriquén. Allá fué la hidalga mariposa verde en busca de sus hermanas.

—¿Por qué huyen de mí, ustedes las hospitalarias mariposas de Boriquén?

—Es inútil vivir en una tierra donde los hombres se odian y se matan. ¿Qué podremos hacer nosotras, acostumbradas a vivir sin sobresaltos ni rencores? Todos los ancianos de esta tierra ya han empezado a prepararse para la muerte. Saben que pronto se extinguirá la raza, exterminados los mozos por una culebrilla de fuego que llega más allá de sus flechas, extenua-

dos por la fatiga del cernidero. Nosotras tendremos que irnos, oh mariposa verde de la bondad, a otras islas donde todavía no ha llegado tu gente.

—No se vayan, mis amadas amigas de esta tierra. Yo hablaré con Juan Ponce. Formaremos una colonia de alas nuevas, bajo un solo dios, con una nueva raza, que tenga el pensamiento blanco y el color de la miel. ¿Donde está Tanamá?

—Hace tres noches que llora sobre la tumba de Guarionex, el mozo bravío, de pecho embalsamado por el amor de su tierra. Se ha llevado con ella todos los cucubanos, para que le sirvan de cirios a nuestro último guerrero.

La mariposa verde volvió hasta los blancos de la isla, llorando, hecho trizas su corazón alado, como un lazo de paz deshecho por el dolor de un despojo. Se posó en la barba de Juan Ponce, para decirle las cuitas de la tierra morena, de la raza esclavizada, de las mariposas policromadas de Boriquén. Le informó con angustiado susurro que todos los ancianos de Boriquén se habían preparado para morir. Pero Juan Ponce no conocía el lenguaje de las mariposas, como lo conocían los viejos indios de la tierra. Nunca supo del dolor de las mariposas blancas de su raza ni del dolor de las mariposas policromadas de Boriquén. Murieron todos los ancianos de la tierra sin goce de paz; huyeron las mariposas indias, en loca desbandada hasta las islas cercanas, cuyo rumbo no habían señalado aún las blancas mariposas de allende el Atlante. Tras

ellas marcharon las mariposas blancas en busca de sus antiguos árboles, barbados para el invierno, para huir de los hombres, que nunca entenderán el lenguaje divino de una mariposa.

Sólo de cuando en vez, sobre la tumba de Guarionex llora una mariposa verde, que viene a visitar la tumba de un amigo, manchando sus alas hidalgas con el misterioso color del mar Caribe.

Allí fué sorprendida una tarde por un apuesto cazador atraído por el matiz maravilloso de sus alas. La persiguió insistentemente y al fin logró atraparla, pero he aquí que al tocar sus alas la malla del cazador, desísese el encanto y una bella princesa india apareció ante sus ojos. Tomóla el cazador como esposa y a las pomposas nupcias asistieron las aladas amigas que antes le habían acompañado.

EMILIO S. BELAVAL